

*Reflexiones sobre el Desarrollo de la Arqueología en Chile**

Mario Orellana

INTRODUCCIÓN

Me ha parecido necesario, en 1991, mirar hacia atrás en la búsqueda de las primeras investigaciones arqueológicas hechas en el país y trazar algunas líneas del desarrollo de nuestra disciplina. Al ir recordando los hitos más importantes del desenvolvimiento de la arqueología, hemos descubierto continuidades y discontinuidades en los estudios iniciados hacia 1880 y que en el presente continúan cada vez con más fuerza y complejidad. Estos estudios constituyen una amplia tela con motivos y diseños comunes; hay sin duda alguna un conjunto de problemas que están en los comienzos de las investigaciones y que siguen interesando a los estudiosos del presente; hay también, cómo no decirlo, nuevos problemas, métodos y teorías que permiten urdir mejor el extenso tejido disciplinario. Cada cierto tiempo se reúnen datos novedosos, nuevos marcos teóricos, nuevas estrategias y se perfeccionan las técnicas cuantitativas y también los enfoques cualitativos.

Pero como es conocido por todos, la historia de la arqueología chilena no ha sido sólo una secuencia progresiva de avances científicos. Ella también se ha desarrollado en ambientes contradictorios y que incluso perturbaron sus actividades, tanto en los sectores de la investigación como en los de la docencia superior. El desarrollo de la disciplina arqueológica, al igual que el de cualquier otra disciplina social, está inserto en contextos ideológicos, recibe el embate de situaciones sociales, económicas y políticas y, por esta razón, lo que sucede en el país influye poderosamente en su desenvolvimiento individual e institucional.

*Este estudio reproduce parcialmente la ponencia presentada por Mario Rivera y por el autor al 47 Congreso Internacional de Americanistas (New Orleans; USA: 7-11 de julio de 1991).

En el presente estudio, que se apoya en nuestras investigaciones de las décadas de 1970 y 1980, en los trabajos de otros arqueólogos chilenos (M. Rivera, C. Thomas, B. Berdichewsky), hemos insistido en la historia institucional de nuestra disciplina, aunque no hemos dejado de valorizar el aporte individual de tantos estudiosos extranjeros y chilenos. Pero siempre los principales nombres recordados lo han sido en relación estrecha con una institución o con un marco teórico antropológico.

Aunque insistimos en el valor de las teorías aplicadas a lo largo de 110 años de historia científica, observamos también que en Chile, más que teóricos, los arqueólogos somos buenos trabajadores de campo. Aunque nos gusta pensar sobre las nuevas teorías, nuestro trabajo arqueológico es más tradicional, está algo más atrás de lo que estamos discutiendo o comentando; así, por ejemplo, analizamos lo que significan los paradigmas cognoscitivos, el perspectivismo subjetivista, las reacciones antiempiristas, antirracionistas. Estamos entonces pensando en las teorías postprocesuales, pero nuestros estudios, nuestras investigaciones siguen apoyándose en una realidad cultural y ambiental, haciéndose uso de tecnologías, metodologías y estrategias científicas. Y no puede ser de otra manera, si queremos seguir siendo científicos; la arqueología chilena, en más de 100 años de estudios, no ha abandonado nunca su camino racional, realista y crítico.

Sin embargo, en algunas ocasiones, el ambiente ideológico y político nacional ha desequilibrado nuestras instituciones arqueológicas. Así ocurrió entre 1970 y 1989. Diversas ideologías pretendieron adueñarse del "alma" del cuerpo arqueológico. Entre los arqueólogos chilenos hubo diversas maneras de reaccionar y nos dividimos. Por muchos años las instituciones arqueológicas apenas subsistieron; algunos arqueólogos se fueron del país o fueron expulsados de sus lugares de trabajo.

En este estudio no rehuimos el tema, pero pensamos que en la actualidad estamos dando un paso adelante en el reencuentro del diálogo y del respeto mutuos. Por eso le damos importancia a la vuelta de la libertad académica universitaria y al regreso de un ambiente social de respeto teórico.

No pedimos acuerdo con nuestra manera de ver este desarrollo; sólo aspiramos a contribuir a una discusión científica que lleve a esforzarnos a no repetir los errores del pasado.

Breve historia de las instituciones

El presente estudio sostiene como hipótesis principal que la historia de las instituciones permite deslindar con claridad cuándo surge la investigación arqueológica y con ella un conjunto de problemas que son abordados, poco a poco, con criterios científicos por un grupo de especialistas, de diversas

disciplinas, que se van concentrando en los temas de la antropología chilena y en especial del pasado antropológico de Chile.

Se puede postular que hacia los comienzos de la década de 1880 se inició un primer intento institucional: así en 1878 se formó la *Sociedad Arqueológica de Santiago*, en 1880 se publicó el primer y único número de la *Revista de la Sociedad Arqueológica*, y en 1882 se publicó el libro de José Toribio Medina, *Los Aborígenes de Chile*.

Estos tres acontecimientos sólo se pueden explicar si recordamos que en Chile, a lo largo del siglo XIX, se había publicado un importante número de artículos sobre temas, que ahora, consideramos que pertenecen a las especialidades de etnología y de prehistoria (o arqueología prehistórica). Principalmente, siguiendo una antigua tradición literaria-histórica iniciada por los cronistas de los siglos XVI y XVII, en el siglo XIX se publicaron muchos informes y estudios sobre exploraciones de regiones desconocidas del territorio nacional, que contenían noticias, menos o más completas, de sus aborígenes.

Investigadores como Luis Montt, Wenceslao Díaz, José Toribio Medina, Rodolfo Amando Philippi, Francisco Astaburuaga, etc., que pertenecían a diferentes disciplinas, se congregaron y el 1 de septiembre de 1878, bajo la presencia del gran naturalista R. A. Philippi, se propusieron "estudiar la etnografía americana", "estudiar las lenguas americanas" y "estudiar las antigüedades americanas".

Este conjunto de naturalistas, literatos, historiadores e incluso políticos, bien informados de lo que se estaba escribiendo en Europa, especialmente en Inglaterra, Francia y Alemania, posiblemente sin conciencia clara de que estaban organizando una nueva disciplina científica, son los verdaderos creadores de la Etnología y de la Prehistoria de Chile.

El libro de José Toribio Medina, publicado en 1882, es el resultado, la síntesis creadora, de un conjunto de publicaciones y de estudios hechos en los primeros 80 años del siglo XIX.

Los relatos y descripciones de los viajeros, exploradores y estudiosos, los trabajos de historiadores como Barros Arana, permitieron, poco a poco, no sólo una acumulación importante de datos relacionados con el pasado prehispánico, sino también de informes valiosos sobre las costumbres de los aborígenes de Chile (especialmente mapuches).

La pregunta que debemos hacernos a continuación es ¿cómo fue posible esta acumulación de información científica? Creemos que las siguientes variables explicativas deben tomarse en cuenta:

- a) Existencia de comunidades aborígenes, en el territorio nacional.
- b) Valorización, desde el siglo XVI, de la presencia de estas sociedades y culturas nativas, y de su papel histórico en la sociedad nacional.
- c) Interés pronunciado por rescatar las fuentes y antigüedades del pasado nacional, enfatizando lo autóctono y criollo.

- d) Influencia cultural y científica de los países europeos, especialmente francesa y alemana.

Después de la publicación del estudio de J.T. Medina, en las décadas de 1880 y 1890 se fundaron dos sociedades científicas; una en 1885, la *Sociedad Científica Alemana*, presidida por el naturalista Philippi, y la otra en 1891, la *Sociedad Científica de Chile* (francesa), presidida por Albert Obrecht.

Estas dos sociedades fueron, conjuntamente con la Universidad de Chile y el Museo Nacional, las instituciones que hicieron posible que en Chile, sobre todo en Santiago y en Valparaíso, se pensase, discutiese y escribiese sobre diferentes problemas científicos.

Según algunos investigadores (Humberto Fuenzalida) estas sociedades fueron tan o más importantes que la propia Universidad de Chile. En estas sociedades, cuyas Actas se escribían en alemán y en francés, participaron diferentes estudiosos y así se hizo posible un ambiente intelectual científicamente interesante "dentro de una ciudad tosca y práctica".

Los estudiosos que participan en estas instituciones, tales como Medina, Philippi, Barros Arana, Fonck escribían e incluso hacían informes científicos muy relacionados con las disciplinas de la Prehistoria y de la Etnología. No debemos dejar de recordar que en 1884 el historiador Barros Arana escribió en su primer tomo sobre la *Historia general de Chile*, una parte, de 114 páginas, titulada *Los indígenas*. Cuando tratemos los influjos de las teorías europeas volveremos a este autor.

Los temas tratados por todos estos estudiosos se relacionaban con la teoría darwinista o de la evolución, con las teorías autoctonistas o de la difusión de los habitantes y de la cultura americana, con la descripción de algunos tipos de herramientas (piedras horadadas, de Alejandro Cañas Pinochet) con la antropología física (Dr. Luis Vergara Flores), o con la descripción de territorios poco conocidos, como el desierto de Atacama, sobre el cual los libros de Alejandro Bertrand, 1885 y Francisco San Román, 1896, daban noticias acerca de los habitantes y sus tumbas, herramientas, creencias, ruinas, etc.

Hacia 1910 se publican nuevos trabajos, se reúnen en un Congreso Internacional grupos importantes de estudiosos y se fundan nuevas instituciones. Estamos, entonces, ante una nueva situación que, aunque continúa con trabajos e ideas del pasado, ofrece nuevas características especiales: entre éstas está la aparición de nuevos investigadores, tales como Ricardo Latcham y el Dr. Max Uhle. Junto a ellos deben ser también mencionados el Dr. Aureliano Oyarzún y el sacerdote etnólogo Martín Gusinde.

En Santiago de Chile se inauguró el 25 de diciembre de 1908 el IV Congreso Científico y el I Panamericano. En este Congreso participaron, entre otros, Ricardo Latcham y el Dr. Max Uhle. El trabajo de Latcham se llamó *Antropología Chilena* y el mismo autor lo consideró un resumen de los

estudios y observaciones hechos durante un largo número de años. Estas monografías fue publicada en 1911. Algunas de las conclusiones de Latcham fueron:

- a) Desde tiempos remotos han existido en el territorio chileno numerosas razas que se han mezclado.
- b) Desde muy antiguo vivió en Chile una raza autóctona paleoamericana, cuyos más antiguos representantes serían los alacalufes y probablemente algunas familias de los changos.
- c) La actual población aborigen se formó por sucesivas invasiones del norte y el oriente.
- d) Las migraciones de pueblos chilenos a tierras argentinas no han sido importantes, en cambio sí lo han sido los movimientos de los pueblos que provienen del oriente de la cordillera de los Andes (caso de los araucanos).
- f) La ocupación incásica pudo lograr resultados extraordinarios porque había en el territorio chileno un nivel cultural con rudimentos de agricultura y de pastores (estado patriarcal).

Es notorio, por otra parte, la ausencia en Ricardo Latcham de una secuencia cronológica de los pueblos.

En cambio *Max Uhle* nos entregará un modelo cronológico, que será acogido por todos los especialistas nacionales y extranjeros.

La obra en Chile del profesor Uhle (1911-1919) puede resumirse así:

- a) Confeccionó el primer cuadro cronológico prehistórico, situando a las culturas del norte de Chile.
- b) Describió la cultura de los oasis del desierto de Atacama ("Atacameña"). Consideró que la etnia atacameña era el substrato de todas las culturas del norte de Chile y, también, un ingrediente importante en la formación de algunos rasgos estilísticos tiahuanaqueños.
- c) Dio a conocer, a partir de 1917, los principales elementos diagnósticos del período los *Aborígenes de Arica* uno de los más antiguos de Arica, junto al período del *Hombre Primordial*.

Estas descripciones de Uhle son usadas por muchos arqueólogos para describir el "Complejo Chinchorro".

- d) Formuló el período Tiahuanaco y el Subsiguiente Epigonal, para el norte de Chile, para el Norte Chico e incluso insistió en la presencia de Tiahuanaco en Chile Central.

Sus estudios sobre Tiahuanaco (entre 1911 y 1922) inauguraron una problemática que hasta el presente continúa investigándose con gran interés y obviamente haciendo uso de nuevas metodologías y teorías.

Junto a estas dos figuras muy importantes, investigan otros estudiosos tales como Gusinde, Oyarzún, Capdeville, Guevara, Schneider, Strube, Looser y Medina.

Además entre 1909 y 1911 se organizan dos *Sociedades Científicas*, la *Sociedad de Folklore chileno*, fundada por Rodolfo Lenz, y la *Sociedad Chilena de Historia y Geografía*. Esta última inició la publicación de la Revista Chilena de Historia y Geografía, cuyo primer número apareció en 1911.

Este *segundo período* de la Antropología Chilena termina en la década de 1940, sea porque los investigadores mencionados mueren o porque dejan de producir científicamente debido a su avanzada edad.

El *tercer período* de la Antropología de Chile se inicia a partir de mediados de la década de 1940 (Latcham muere en 1943 y Oyarzún en 1947). Principalmente en este nuevo período destacan el arqueólogo norteamericano Junius Bird y los estudiosos nacionales Francisco Cornely, Jorge Iribarren y la Dra. Grete Mostny.

Junto a las publicaciones de Bird, con la exposición de sus métodos estratigráficos y los resultados de sus excavaciones de los años 1940-1941 en los conchales del norte de Chile, y antes en el extremo sur del país, merecen destacarse los trabajos de Francisco Cornely (*Cultura Diaguita y Cultura de El Molle*, 1954); Grete Mostny (*Culturas Precolombinas de Chile*, 1954); Jorge Iribarren con sus monografías sobre petroglifos, camino del Inca, cultura de huentelánquen, y Stig Ryden sobre la arqueología de la región del río Loa, 1944.

También en la década de 1950 se comienza a organizar un centro de investigaciones antropológicas, dependientes de la Universidad de Chile, centro éste que cuenta con la presencia de profesores extranjeros (R. Schaedel, W. Mulloy y O. Menghin) y en donde se forma un grupo de especialistas, algunos de los cuales aún permanecen en actividades de investigación, sea en el país o en el extranjero; en cambio, otros han muerto.

En este corto período aparece también la figura del padre jesuita Gustavo Le Paige, quien desde 1954 centra sus estudios en la zona de San Pedro de Atacama.

Es interesante señalar que en las décadas de 1940 y de 1950 permanece sin resolverse la discusión sobre las dos secuencias culturales y cronológicas, una proveniente de Uhle-Latcham y la otra de Bird. Se hicieron, hacia 1955-1957, esfuerzos por relacionarlas, pero no hubo consenso entre los especialistas ("Arqueología chilena", 1957, Publicación del Centro de Estudios Antropológicos, Univ. de Chile). Sin embargo este período fue muy importante: se dieron a conocer nuevas culturas en el Norte Chico de Chile; se expusieron científicamente las excavaciones hechas en Taltal, Pisagua, Quiani (costa norte de Chile); se comenzaron a hacer estudios en el interior del desierto nortino y apareció una nueva síntesis de la prehistoria de Chile. luego de 27 años (Latcham publicó su *Prehistoria de Chile* en 1928 y Mostny lo hizo en 1954).

Pero ya comenzando la década de 1960 surge un conjunto de investiga-

dores y se fundan varias instituciones, que obligan al historiador de la Arqueología y Antropología de Chile a postular el cuarto período, que se caracteriza por la presencia de equipos de investigadores, por la organización institucional universitaria, por la docencia sistemática, y por la incorporación de técnicas, métodos y teorías propias de la Nueva Arqueología.

Obviamente esta eclosión intelectual y científica le debe mucho a la década de 1950, pero tiene su propio perfil, sus propias características y nuevas personalidades. Por esta razón 1960 inicia un nuevo período científico. Parece justo mencionar los nombres de Carlos Munizaga, Hans Niemeyer, Bernardo Berdichewsky, Julio Montané, Zulema Zeguel, Percy Dauebsberg, Luis Álvarez, Lautaro Núñez, Guillermo Focacci, Alberto Medina, Virgilio Schiapacasse, Gonzalo Figueroa, Jorge Kaltwasser, y de tantos otros.

Para algunos estudiosos, ya en la década de 1980 se habría producido un relevo de investigadores, todos formados por los investigadores y profesores de las décadas de 1960 y 1970 lo que recomendaría crear un nuevo período. Sin embargo, además de que varios estudiosos de las décadas de 1960 y 1970 siguen investigando y enseñando, hay una situación política nacional que produce una interrupción en el desarrollo normal de las disciplinas antropológicas y sociales. Entre 1973 y 1989, la Universidad de Chile, centro del desarrollo docente de la enseñanza antropológica de pregrado, es intervenida por el Gobierno Militar y, sobre todo después de 1976 y hasta 1987, sufre una serie de accidentes y discontinuidades en su desarrollo, especialmente en las áreas sociales, humanísticas y artísticas.

Por esta razón entonces postulamos que desde 1990, con la participación de antiguos arqueólogos y profesores, y sobre todo con la irrupción de un fuerte contingente de estudiosos formados en 1970 y en 1980 (con todas las frustraciones y problemas que presentaba la intervención de las universidades chilenas por el Gobierno Militar) se iniciaría un *nuevo* período para el desarrollo de la arqueología chilena.

Hay que reconocer, sin embargo, que en algunos museos se produjo entre 1973 y 1989 un desarrollo importante, apoyado por algunos particulares y algunos hombres del gobierno militar que gustaban del estudio del pasado. El tratamiento así fue distinto: por una parte las universidades fueron maltratadas, en cambio algunos museos fueron parcialmente respetados y, en algunos casos especiales, incluso apoyados.

Ahora bien el período que se inicia a comienzos de la década de 1990 se caracteriza por:

- a) Formación de nuevos museos arqueológicos regionales (Arica-Calama).
- b) Formación de carreras universitarias, (Universidad de Concepción, Universidad de Chile, en Santiago).
- c) Organización de la Sociedad Chilena de Arqueología.

- d) Investigaciones de campo y publicaciones especiales que expresan un trabajo científico supra individual (por equipos), e interdisciplinario.
- e) Incorporación de nuevas técnicas y métodos de investigación, métodos estadísticos, de computación, etc.

Se trata entonces de un período principalmente caracterizado por las instituciones, no por las individualidades; abierto a los métodos y teorías de las ciencias exactas y sociales y que pretende formar a nuevos arqueólogos y antropólogos en la docencia universitaria. Igualmente los profesores jóvenes de estos decenios viajan al extranjero para especializarse.

El contexto teórico de la Arqueología Chilena

Es mucho más que ideología lo que debe ser discutido por nosotros. Se trata de analizar cuáles fueron los paradigmas que se construyeron, que fueron aprobados por los círculos científicos y que incluso la sociedad nacional hizo suyo. Igualmente varias teorías o explicaciones antropológicas, propias del mundo europeo y norteamericano, estuvieron presentes en los arqueólogos y etnólogos nacionales desde fines del siglo pasado adelante.

Cuando exponíamos el primer período científico (1880-1911) de la arqueología recordamos el aporte del historiador Diego Barros Arana, del naturalista R.A. Philippi y sobre todo de José Toribio Medina.

Todo estos estudiosos, unos más otros menos, fueron *progresistas* y *evolucionistas*. Creyeron en los procesos de evolucionismo expuestos por Charles Darwin; es verdad que algo se discutió sobre el darwinismo en las sociedades científicas mencionadas anteriormente, pero esta discusión generalmente no se refería a los aportes empíricos de Darwin. Se aceptaban las descripciones de Darwin sobre el estado cultural de los aborígenes del extremo sur de Chile, se les calificaba de salvajes y de seres casi-humanos. El historiador Barros Arana, por ejemplo, las hizo suyas sin cuestionarlas.

Las reacciones no se hicieron esperar en el mundo de la antropología internacional y también en Chile; los escritos de Max Uhle, por una parte, y los del Dr. Aureliano Oyarzún y sobre todo los del etnólogo Martín Gusinde, se fundamentaron en las teorías históricas (*Particularismo Histórico y Círculos Culturales*).

Entre estos dos extremos se situó el etnólogo y arqueólogo *Ricardo Latcham*, quien insistió en su *Empirismo* inglés. Así en 1909 en su *Antropología Chilena* (publicada en 1911) escribió: "Hasta ahora no había hecho más que anotar todos los hechos que se me presentaban... en algunos casos no he hecho más que dejar constancia de los hechos; y si en algunas partes he indicado lo que me ha parecido una opinión razonada, no por eso he querido establecer finalidad, sino simplemente indicar la dirección que la evidencia existente tiende a señalar, dejando al provenir probar o desaprobado las hipótesis avanzadas".

El caso de M. Uhle es más difícil de analizar. En sus trabajos pueden descubrirse matices y orientaciones ideológicas que lo situarán en la escuela Particularista Histórica, y en algunos casos lo aproximarían a la de los Círculos Culturales. Así para Martín Gusinde, Uhle era un especialista que trabajaba con las categorías de la Escuela de Viena. Para nosotros, en cambio, está muy próximo a las tendencias que favorecen las explicaciones del desarrollo histórico, mediante el estudio cronológico y de la ordenación en el espacio y en el tiempo de las culturas aborígenes prehispánicas (cuadros cronológicos de las diferentes civilizaciones y fases de ellas). Sus estudios areales (es el creador de la arqueología del Pacífico: Chile-Perú-Ecuador) son un buen ejemplo de su esfuerzo científico por organizar grandes horizontes estilísticos, precursores de otros, hechos décadas más adelante.

Todo este primer período, caracterizado por sus *descripciones*, por su *positivismo*, por su *darwinismo* algo simplista, fue también un período que intentó explicar e ir más allá de los hechos, de la empiria más elemental. Sin embargo debemos reconocer que es el Período Segundo (1911-1940) el que será testigo de una interesante discusión de teorías, entremezcladas con estudios descriptivos y factuales.

En este segundo período participaron activamente, como ya lo hemos descrito, los arqueólogos Uhle (hasta 1919), Latcham, Oyarzún, Gusinde, Guevara y otros.

Por una parte las secuencias culturales y cronológicas mostraron una tendencia histórica indiscutible: de Uhle pasaron a Latcham y fueron también usadas por Guevara y Oyarzún. Siempre en esta línea, hay un esfuerzo por construir una visión sintética de lo que aconteció en el período prehistórico de Chile (Latcham, 1928; 1936).

Por la otra parte las traducciones del Dr. A. Oyarzún permiten conocer los trabajos etnológicos de la *Escuela de los Circuitos Culturales*, especialmente de Koppers, y Schmidt. Pero el aporte científico más significativo fue el trabajo de campo del sacerdote *Martín Gusinde*, quien llegó a Chile en 1912 a la edad de 25 años. Rápidamente se incorporó al Museo de Etnología y Antropología, otras de las instituciones creadas en 1911 y cuyo director fue Max Uhle. Esta colaboración continuó hasta 1924. Su aporte realmente significativo está vinculado al estudio, descripción e interpretación de las costumbres, de la organización social y de los estudios antropológicos físicos de los aborígenes del extremo sur de Chile. Uno de sus intereses más particulares es el estudio comparativo (establecer relaciones iguales de cultura entre diferentes grupos de indígenas: los alacalufes, los onas, los haus y los yamanas).

Sin lugar a dudas este etnólogo de la escuela de los Círculos Culturales salvó para el conocimiento científico al "hombre más primitivo de la Améri-

ca" e incluso, al decir del Dr. Oyarzún, contribuyó al conocimiento fundamental de las culturas más antiguas de la raza humana.

Entre 1940 y 1960, es decir en el tercer período, algunas líneas teóricas fueron aplicadas en Chile. Así por ejemplo el estudio del medio ambiente y sus relaciones con el desarrollo tecnológico y cultural fue trabajado por Bird y por *Richard Schaedel*; se postularon áreas o provincias ecológicas, que poseían sus características tecnoambientales y tecnoeconómicas muy definidas.

También el estudio del pasado más antiguo cultural de los cazadores y recolectores del desierto de Atacama fue hecho por *Gustavo Le Paige*; en sus estudios postuló incluso una profundidad cronológica no acostumbrada en Chile (50.000-30.000 años).

Mediante análisis tipológico, en donde se usaban criterios morfológicos, de materia prima, combinados con algunos criterios tecnológicos y de medio ambiente postuló Le Paige un cuadro cronológico que iba desde Ghatchi, caracterizado por sus instrumentos de núcleos y lascas gruesas paleolíticas hasta las industrias muy desarrolladas del Mesolítico atacameño (1.000 a.C.).

Todas estas investigaciones fundamentadas en un *Evolucionismo Unilineal*, fueron enriqueciéndose ya en el siguiente período, década de 1960 en adelante. En primer lugar, este nuevo período introdujo nuevos métodos y técnicas que algunos arqueólogos trajeron o de Europa o de Estados Unidos: métodos estadísticos de Bordes; métodos de computación; métodos de análisis de materiales culturales, biológicos, materias primas, relictos alimenticios, etc. productos de excavaciones; todos estos métodos daban una información más completa de los grupos humanos y de sus sistemas de vida socioeconómico.

Poco a poco en las excavaciones se van dejando de lado los hallazgos selectivos, casuales y se coloca el acento en las excavaciones sistemáticas, más que los cementerios, interesan los asentamientos, el análisis de talleres, los lugares de matanza, las relaciones entre tecnología y medios ambientes, etc.

Igualmente los puntos de vista etno-históricos comienzan a ser incorporados tales como el método de análisis de J. Murra: control vertical del máximo de pisos ecológicos.

En otro estudio hemos recordado (Orellana, 1982) que el uso de las teorías fue una adquisición lenta de la arqueología chilena, aunque nunca dejó de usarse. Así, las teorías difusionistas, autoctonistas, evolucionistas, etno-históricas (modelo de sociedad andina apoyado en el concepto de complementariedad; modelo de verticalidad) modelo de movilidad giratoria, modelo de esferas de interacción (Cadwell), etc., fueron trabajados por algunos arqueólogos.

Todos estos últimos marcos teóricos se han desarrollado en este período

que lo hemos hecho terminar hacia 1990, colocando así el acento explicativo de la división en una situación contextual política. Nos parece que en este caso los nuevos hechos políticos nacionales (vuelta a la democracia y a la libertad académica universitaria y científica) merecen ser tomados en cuenta por los historiadores.

Recordemos que diferentes tendencias han ido poco a poco desarrollándose en las últimas décadas, a pesar de las dificultades surgidas por razones políticas nacionales y que ya hemos mencionado.

Continuaron los esfuerzos de algunos materialistas culturales por explicar los procesos culturales y sociales fundamentados en los conceptos tecnoecológicos y tecnoeconómicos. Sin embargo, lo común fue concebir la cultura pasada como un *sistema*, y así se intentó identificar la articulación dinámica de los sistemas.

En el presente, los arqueólogos nacionales tomando en cuenta las experiencias nacionales se resisten a poner a disposición de explicaciones totalitarias el variado y complejo material cultural y social que los arqueólogos estudian. La realidad sociocultural es muy rica para ser abarcada sólo por una explicación. El compromiso de una postura crítica y obviamente científica es el de contrastarlo todo, poner a prueba todo lo que se afirma y concluye. Más que la verificación de una respuesta tentativa deberemos buscar *su refutación*. Sólo así estaremos seguros de que la contrastación empírica avala, aunque sea momentáneamente, la hipótesis interpretativa.

CONCLUSIONES:

Es indiscutible que desde fines del siglo pasado, desde el primer período, y a lo largo del siglo veinte, la arqueología de Chile tuvo una preocupación preferente por los restos arqueológicos, por las antigüedades, mucho más que por los objetos bonitos, o de valor económico. Como en el territorio nacional no había restos monumentales, propios de las civilizaciones, ni tampoco restos numerosos de oro o de plata, en los cementerios prehispánicos, los estudiosos se acostumbraron a describir todos los restos culturales e incluso los fragmentos de ellos: así los instrumentos y artefactos de cerámica, de madera, de concha, de piedra, de tejidos, de huesos, etc., eran recogidos, estudiados y comparados, junto a los artefactos de metales. Su valor consistía en que eran parte de un pasado que se aspiraba conocer, y no porque eran objetos de artes.

Una segunda conclusión para todos los períodos de la arqueología chilena es que desde el primero se usaron varias teorías para explicar lo que se estaba estudiando, historiadores y etnólogos como Barros Arana y J.T. Medina, cuando escribieron en la década de 1880, lo hicieron en el contexto teórico del Evolucionismo Darwiniano, del Naturalismo y del Positivismo.

Un poco más tarde, ya entrado el siglo xx, el Particularismo Histórico y

los Círculos Culturales, jugaron un papel importante en el Museo de Etnología y Antropología de Chile (fundado de 1911). Paralelamente el inglés Latcham, insistirá en una posición más Empírica, alejándose de la discusión más teórica. Sin embargo, será él quien acentuará el estudio interdisciplinario (iniciado por Medina) en donde la investigación etnohistórica será fundamental, junto a la Antropología Física y la Etnología.

A fines del segundo período (década de 1930) comienza una leve influencia norteamericana (con J. Bird en el sur y norte de Chile) que se hará más fuerte en el tercer período (con R. Schaedell, W. Mulloy). Igualmente los franceses (en el sur de Chile) y algunos europeos (Menghin, Pericot) ayudarán a los jóvenes arqueólogos chilenos de fines de la década de 1950.

En los comienzos de la década de 1960 la Arqueología chilena crece de una manera cuantitativa y cualitativa, la disciplina se institucionaliza, en las universidades (de Chile y de Concepción) y en los museos, se funda también la Sociedad Chilena de Arqueología (en 1963, en San Pedro de Atacama se nombra el primer directorio) y se inauguran, desde 1961, los congresos nacionales de Arqueología. La formación universitaria es muy importante en toda la década de 1960 y comienzos de 1970*.

Con el movimiento militar y la intervención militar en las universidades, la arqueología chilena sufre una conmoción en sus instituciones; se tiene mucho cuidado en el uso de las teorías; se continúa con los trabajos descriptivos, algunos museos reciben apoyo en sus exposiciones; la carrera de la U. de Concepción es suspendida; en la U. de Chile se produce una intervención notoria a fines de 1975, viviendo desde entonces, el departamento de Antropología y Arqueología diferentes situaciones irregulares (incluso entre 1982-1983 Antropología y Arqueología se unen con Sociología).

Sólo en 1990 vuelve la libertad académica, con el triunfo de la democracia en el país; es entonces posible postular que las consecuencias de esta situación nacional serán importantes en el desarrollo de la disciplina; obviamente que el uso de las teorías será más completo y variado. Creemos que 1990 puede ser el inicio de un nuevo período científico, no sólo en la arqueología chilena, sino también en el área multidisciplinaria de las ciencias antropológicas y sociales.

Este nuevo período tiene obviamente como materia prima a los investigadores que se formaron en la década del 80, especialmente en la Universidad de Chile. Algunos de ellos se perfeccionaron en el extranjero y otros trabajaron en los museos regionales y capitalinos. Como estos museos no sufrieron la persecución ideológica que vivieron la Universidad de Chile y

*En la década de 1970 surgen como investigadores y profesores, Mario Rivera, Gonzalo Ampuero, Agustín Llagostera, Carlos Thomas, José Berenguer, Carlos Aldunate, Iván Muñoz, Calogero Santoro, Victoria Castro, Rubén Stehberg, Antonia Benavente y Fernanda Falabella.

otras universidades, fue posible efectuar un trabajo, especialmente a nivel de extensión, que se expresó en exposiciones de alto nivel y en publicaciones, en algunos casos, lujosas. La ayuda privada fue muy importante en la divulgación de la arqueología y etnología de Chile.

Igualmente la enseñanza arqueológica efectuada en la universidad, a pesar de las deficiencias presupuestarias, del acortamiento de los planes de estudio de la licenciatura y de otras deficiencias producto de la intervención del sistema de rectores-delegados, pudo continuar apoyada especialmente en el trabajo personal de pequeños grupos de docentes, que mantuvieron la enseñanza dentro del nivel académico aceptable.

En este contexto social-político se trabajó en silencio, haciendo excavaciones, publicando informes, participando en congresos y obteniendo presupuestos dentro y, especialmente, fuera de la universidad (CONICYT).

Un esfuerzo que merece destacarse es la publicación de una prehistoria de Chile, efectuada por un grupo de estudiosos ("Culturas de Chile", Ed. Andrés Bello, 1988); publicación ésta que, sin embargo, confirma nuestro juicio de que la descripción bien hecha supera la interpretación y el manejo de teorías.

Tal vez algo interesante y alentador sea el hecho de que en la mayoría de los arqueólogos no aparece el deseo de continuar con algunos objetivos de la arqueología procesual, que se inclinaban por la búsqueda de regularidades y leyes universales del comportamiento social.

Aunque continúan los esfuerzos científicos por reconstruir los procesos sociales en el tiempo, hay también un interés creciente en conocer los procesos mentales de las sociedades del pasado. Tal vez la década de 1990 aporte por esta línea, sin abandonar el análisis científico de la realidad social, cultural y ambiental.

BIBLIOGRAFÍA

- Berdichewsky, Bernardo**, "Situación y problemática de la Antropología en Chile", *América Indígena*, vol. xl, N° 2, 1980.
- Fuenzalida, Humberto**, "Don Ricardo E. Latcham y el ambiente científico de Chile a comienzos de siglos" *Noticiero Mensual del M.H.H.N.*, año xiii, N° 87-88, 1963.
- Gusinde, Martín** (1916), "El Museo de Etnología y Antropología de Chile", *Revista Chilena de Historia y Geografía*, tomo xix, N° 23, 1916.
- Orellana, R. Mario**, *Investigaciones y teorías en la Arqueología de Chile*; Santiago, Ed. Centro de Estudios Humanísticos, Universidad de Chile, 1982.
- Rivera, Mario**, *Temas Antropológicos del Norte de Chile*, Universidad de Chile, Antofagasta, 1980.
- Thomas, Carlos**, *Revisión crítica de arqueología chilena entre 1960 y 1970. Aspectos Teóricos y Metodológicos*. Universidad de Chile, Santiago, 1977. (Tesis de Licenciatura).